

CUANDO EL

HOMBRE ENCONTRÓ AL PERRO



KONRAD LORENZ



A modo de continuación de los fascinantes relatos recogidos en *El anillo del rey Salomón (Hablaban con las bestias, los peces y los pájaros)*, este libro está dedicado al animal que más creemos conocer y sobre el que, no obstante, tantas cosas nos quedan aún por descubrir: el perro.

Konrad Lorenz nos conduce aquí hasta los orígenes del «encuentro» entre el hombre y el perro, cuando se estableció la relación entre nuestros antepasados y el chacal y el lobo. Estos orígenes han influido en todas las formas complejas de comunicación, obediencia, odio, fidelidad y neurosis que ha ido configurando la historia entre amo y perro.

Recurriendo a casos con los que él mismo se había encontrado, Lorenz ilumina todo el arco de la «canidad» con la gracia de un verdadero narrador, con la precisión y la sutileza de un científico que abrió nuevos caminos precisamente en la investigación de estos temas, y con la fértil inteligencia de un pensador que supo arrojar luz sobre los problemas humanos.

Prólogo

Konrad Lorenz, investigador y profeta.— La personalidad de Konrad Lorenz es sobradamente conocida para intentar ahora presentársela al lector de lengua castellana. No obstante, hemos considerado oportuno hacer un resumen sucinto de su vida y su obra a fin de definir su trayectoria como investigador y pensador, fijar su posición actual y, en última instancia, situar su libro *Cuando el hombre encontró al perro* en el largo y amplio contexto general de su plural e intensa actividad.

El hombre y su obra.— Konrad Lorenz nació en el año 1903 en Viena, donde, respondiendo a los deseos de su padre, cursó estudios de Medicina y, posteriormente, de Filosofía; en 1937 es nombrado catedrático de Anatomía comparada y Psicología animal por la universidad de su ciudad natal; ya iniciada la Segunda Guerra Mundial pasa a la universidad de Königsberg, Prusia Oriental, como ordinario de Psicología general, según parece, gracias a los buenos oficios de Eric von Holst, amigo suyo. Al producirse el hundimiento del III Reich, Lorenz es hecho prisionero por los rusos y permanece en un campo de concentración hasta 1948, año en que es liberado. Tenía entonces 45 años, y cuentan que se presentó en su antigua patria con un estornino en una jaula que él mismo había construido con varas de mimbre.

Tras desempeñar diversos cargos docentes, en 1956 es nombrado director jefe del Instituto «Max Planck», situado

en un paraje idílico conocido con el nombre de Seewiesen, en la Alta Baviera. Allí Lorenz lleva a cabo sus estudios en torno a la Psicología del comportamiento. En 1973 le es concedido el Premio Nobel por su labor como investigador, pese a las presiones hostiles de ciertos grupos, especialmente americanos, de inspiración sionista que no están conformes con algunos escritos y, sobre todo, con la actitud adoptada por Lorenz bajo el nacionalsocialismo hitleriano (actitud que el propio Lorenz lamentará, después, profundamente). Este mismo año tiene que abandonar la dirección del Instituto «Max Planck», en Seewiesen, al parecer un tanto contra su voluntad.

Desde entonces, Konrad Lorenz vive con su familia en una espaciosa casa de Altenberg, pequeña aldea situada a orillas del Danubio, no lejos de Viena, donde continúa sus trabajos de investigación.

Lorenz es autor de una copiosa bibliografía acerca del comportamiento animal y cuestiones filosóficas en general, integrada por media docena de obras de denso contenido y un sinnúmero de disertaciones, conferencias y trabajos en formato menor sobre problemas concretos del conocimiento, el aprendizaje y la agresión, en los que recoge el fruto de su constante e infatigable actividad como investigador y pensador.

En sus escritos, lo mismo que en sus declaraciones verbales, Konrad Lorenz se confiesa darwinista convencido — socialdarwinista, si se prefiere—, evolucionista serio y honesto. A nuestro entender, es esta premisa, hija de una actitud que Lorenz adopta cuando todavía es un joven estudiante, la que, después, determinará su postura general ante la naturaleza viva y ante el hombre, entendido como parte integrante, como elemento de enlace e incluso como proyección última y suprema de Aquella.

Su actividad se desarrolla de manera especial en el campo de las ciencias empíricas y su herramienta de trabajo fidelísima es la observación directa de los fenómenos natura-

les y psicológicos. Como pionero, y no fundador en sentido estricto, de la Etología, o ciencia del comportamiento comparado, Lorenz viene realizando una labor cuya dimensión auténtica sólo futuras generaciones podrán determinar con precisión. Y, no obstante, sería incorrecto afirmar que Lorenz ha creado o elaborado un cuerpo doctrinal orgánico, coherente y bien estructurado. Lo que en realidad ha hecho no ha sido sino ir exponiendo, en ocasiones con deliciosa ingenuidad, el resultado de sucesivas observaciones. Después se ha comprobado que estas observaciones tuyas guardaban entre sí una relación más o menos estrecha y que algunas de ellas incidían sobre disciplinas esencialmente especulativas, a la vez que ponían en entredicho más de un principio tenido por inamovible hasta entonces.

En su labor investigadora, Lorenz arranca de los animales inferiores para llegar al hombre, al que no tiene el menor reparo en aplicar deducciones extraídas de su constante observación del reino animal, de la misma forma que, antes, tampoco mostró reparo alguno en aplicar al animal todo ese complejo de conceptos que giran en torno a la psique, considerada convencionalmente atributo específico y privativo del hombre. Es por esto que la adopción del término Psicología animal como sinónimo de Etología, o ciencia del comportamiento comparado, no deberá entenderse como error grosero por involuntario, sino más bien, como exponente de una manera particular (no queremos entrar en si es errónea o no) de afrontar el tema de la psique y su variada fenomenología.

Lorenz se dedica a observar las acciones y reacciones de sus animales —gansos grises, grajillas, gatos y perros— y, después, nos narra sus visiones en un lenguaje a primera vista de profano, cuando, en el fondo, responde al ferviente deseo de sinceridad de un hombre que ha llegado a identificarse con el tema tratado.

Al hablarnos de una psique animal, de los deseos y apetencias, de los miedos y temores, de las inhibiciones y re-

presiones, de los afectos y sentimientos de sus perros, Lorenz incurre en ese antropomorfismo decididamente ingenuo, intencionadamente infantil, que le reprochan algunos de sus detractores. Pero en ningún caso puede decirse que se trata de un hijo natural de la ignorancia, como tampoco de un recurso fácil, sino que estamos ante una actitud amorosa, consciente, plenamente deseada, para con toda la naturaleza viva.

Al no establecer distingo fundamental entre el animal y el hombre, Lorenz, moviéndose, al principio, a lo largo de la línea marcada por Darwin, llega, después, a conclusiones a menudo revolucionarias o, cuando menos, sorprendentes respecto al hombre. Con un convencimiento que conmueve y aterra a un mismo tiempo, nos confiesa que se resiste a ver en el hombre de hoy —en nosotros— la imagen definitiva de Dios. El ha descubierto allá, en lontananza, un ser humano, hijo del hombre, limpio de todos esos impulsos groseros —los instintos— que mueven a éste y le emparentan de cerca con el animal, y, de repente, el investigador se convierte en profeta, y el profeta proclama a los cuatro vientos con voz firme su mensaje apocalíptico y esperanzador: «Nosotros somos el eslabón perdido —el *missing link* —, tanto tiempo buscado, entre el animal y el hombre auténticamente humano».

Esta visión del *Homo sapiens* linneano como eslabón de esa cadena que va del simio al Hombre del futuro es la clave para comprender la postura de Konrad Lorenz ante la vida en su plural fenomenología, su vocabulario antropomorfista y su constante búsqueda hacia atrás y hacia adelante o, lo que es igual, su doble dimensión de investigador y profeta.

Alguien ha dicho de él que es uno de esos hombres que aparecen de tarde en tarde en el mundo para recomendarnos prudencia y dar respuesta a muchas de las incógnitas que tiene planteadas esta doliente humanidad nuestra.

Cuando el hombre encontró al perro.— En la modestia incluso de que hace gala Konrad Lorenz al hablarnos del momento histórico y la forma en que surgió la amistad entre el hombre y el perro. Lejos de pontificar, nos dice humildemente *cómo ocurrió o pudo ocurrir* este hecho singular.

Nos encontramos en el paleolítico; el hombre vive en pequeñas comunidades trashumantes, escoltadas de día y de noche por manadas de chacales que se mantienen siempre a prudente distancia. En un momento dado, el hombre descubre la utilidad del chacal (*Canis aureus*), padre de nuestro perro doméstico de hoy, y se gana su compañía, primero, y su amistad, después. A partir de ahora, el chacal será su guía y compañero inseparable. El hecho reviste una importancia extraordinaria si tenemos en cuenta que se trata, a buen seguro, de la primera vez que un animal —el hombre— pone a su servicio otro —el perro— mediante un convenio tácito que redundaba en beneficio de ambos.

El proceso de domesticación del perro descendiente del chacal, así como del otro, menos abundante, hijo del lobo nórdico, se consuma en compañía del hombre, quien fomenta el cruce de razas y contribuye así a la aparición de ejemplares de gran utilidad para él en su actividad de cazador. El hombre educa al perro para obtener de él un beneficio, y el perro se somete de buen grado a esta educación. De hecho, en este convenio, el perro también sale ganando, pues obtiene la protección de un ser superior y, si es cierto que sus instintos se debilitan, también lo es que aumenta considerablemente su capacidad intelectual. (Por otra parte, este mismo proceso, *mutatis mutandis*, se inició antes en el hombre).

Aunque Lorenz distingue, por razón de su origen, entre el perro descendiente del chacal y del lobo nórdico, insiste en que a estas alturas no cabe hablar de investigación histórica, el hombre intenta llegar retrospectivamente al mo-

mento, y su situación, en que actuó la causa primigenia de un acontecer cuyos resultados tiene ahora ante él. Se trata, pues, de una labor difícil y prolija en la que el método y la intuición desempeñan papeles decisivos. Hay que ir acumulando información de toda índole para, después, ordenarla, y una vez ordenada, tratar de interpretarla de forma que en la trama argumental resultante encajen a la perfección todos los datos y puntos de referencia de que se dispone. Pero aun en el caso de que se consiga esto, tampoco se tiene la seguridad de que, en efecto, el proceso evolutivo siguiera el camino apuntado por una interpretación concreta, en apariencia correcta, ya que a una situación dada se puede llegar, al menos en teoría, por varios caminos distintos. O, dicho en otras palabras: el hombre no está en condiciones, hoy por hoy, de copar la totalidad de los componentes que concurrieron en un proceso evolutivo cualquiera.

Lo dicho explica la prudencia, la ponderación, la subespecies definidas, sino únicamente de ejemplares concretos en los que predomina o bien la sangre de chacal o la de lobo. El chacal se hace sumiso, el lobo sigue siendo agresivo, pero, al mismo tiempo, posee un sentido comunitario mucho más acusado, pues sabe muy bien que sin el concurso de sus compañeros no puede hacer frente a sus enemigos ni abatir las presas que necesita para subsistir.

Y, en llegando a este punto, Lorenz salta del neolítico a nuestros tiempos, para referirnos sus experiencias con perros criados por él mismo en su casa de Altenberg. El escenario ha cambiado radicalmente, sus actores también, pero parece como si Lorenz, sin decírnoslo, quisiera que comprendiéramos que de la misma forma que el perro casero es descendiente del chacal salvaje, él, el investigador, lo es del hombre paleolítico.

El relato cobra ahora la ingenuidad de quien ha llegado a sorprender el alma de los animales, a hablar con ellos, a entender sus reacciones y su comportamiento a través de la

convivencia y la observación, siempre en un clima de amor hacia todo ser viviente. Pero si el relato tiene el encanto de lo ingenuo, Lorenz se encarga de recordarnos, en un momento dado, que no ha renunciado, ni mucho menos, a su idea directriz de observar y extraer conclusiones científicas. Por eso, si su actitud está presidida por el amor, su objetivo es siempre el conocimiento.

Ramón Ibero

Cómo ocurrió o pudo ocurrir

Por entre la alta hierba de la estepa avanzan algunos seres humanos; se trata, en realidad, de una pequeña manada de cuerpos desnudos, salvajes. Los más empuñan lanzas con punta de hueso, alguno va armado incluso con arco y flecha. Aunque en lo físico recuerdan a los seres humanos de hoy, su comportamiento tiene un algo de animalesco; sus ojos oscuros se mueven, inquietos y miedosos, como los de una alimaña huidiza que se sabe acosada. No son hombres libres, señores de la tierra, sino criaturas débiles para las que en cada matorral se esconde un peligro, una amenaza.

Todos están visiblemente abatidos. No hace mucho, tribus más fuertes los obligaron a abandonar su primitivo territorio de caza y marchar, a lo largo de la estepa, hacia occidente, hacia una tierra desconocida, donde los depredadores abundan mucho más que en su antiguo territorio. Por si fuera poco, hacía algunas semanas, el veterano y avezado cazador que dirigía el grupo fue muerto por un tigre de dientes como cuchillos. Y el hecho de que, después, la fiera cayera abatida por una lanza era flaco consuelo en la desgracia.

Con todo, la mayor tortura a que se veía sometida la pequeña horda humana provenía de la falta de tiempo para descansar y dormir. En la tierra en que habían vivido hasta entonces —su antigua patria—, acostumbraban a dormir, todos juntos, en torno a una hoguera, escoltados, a cierta distancia, por los molestos chacales; pero, al menos, estos animales les servían de centinelas, pues con sus aullidos

denunciaban la proximidad de cualquier otra fiera. Sin embargo, se advertía claramente que aquellos seres primitivos no eran conscientes del servicio que los chacales les prestaban; por eso, cuando alguno de éstos se acercaba demasiado a la hoguera, lo ahuyentaban a pedradas, nunca a flechazos, pues tal medida hubiera constituido un despilfarro.

La horda sigue avanzando, abatida y silenciosa. Pronto se hará de noche, y aún no ha dado con un sitio adecuado donde acampar, hacer fuego y, por último, asar en él el magro botín de la jornada: los restos de un jabalí, abandonados por un tigre ya harto.

De repente, como gamos que husmean el aire, todos levantan la cabeza y la vuelven instintivamente en la misma dirección; han oído un ruido, un ruido que sólo puede proceder de una fiera con recursos suficientes como para defenderse, pues las más débiles han aprendido muy bien a permanecer inmóviles a la primera señal de peligro. Y de nuevo se deja oír el ruido. Sí, es el aullido de un chacal. Como movida por una extraña sensación, la horda se detiene y presta oído al saludo, que parece llegado de tiempos mejores y menos azarosos. Entonces, el cabecilla del grupo, un hombre joven de frente despejada, empieza a hacer algo que los demás no comprenden: arranca un trozo de carne del jabalí y lo arroja al suelo. Existe el peligro de que los demás se enfurezcan, pues, en definitiva, no están tan sobrados de alimento como para ir tirando la carne por la estepa. Es muy probable que tampoco el joven caudillo sepa exactamente por qué lo hace; a buen seguro que se trata de una medida instintiva, con la que pretende que los chacales se acerquen al grupo. Por eso, él sigue arrojando al aire trocitos de carne. Como puede comprenderse, los otros toman aquello por una broma de mal gusto, y el cabecilla sólo a duras penas consigue dominar la agresividad de sus compañeros hambrientos.

Pero, al fin, todos están sentados de nuevo en torno a la hoguera, y, una vez saciada el hambre, la paz renace entre

ellos.

De pronto se vuelve a escuchar el aullido de los chacales. Parece que éstos han encontrado los trozos de carne dejados sobre la hierba y, siguiendo el rastro, se van acercando al campamento. Un hombre se queda entonces mirando al jefe de la grey con una interrogación en la mirada, luego se pone en pie y se aleja hasta allí donde alcanza el resplandor del fuego para dejar algunos huesos sobre la tierra. Todo un acontecimiento: por primera vez, el hombre da de comer a un animal que le es útil.

Esta noche, la grey humana podrá dormir tranquila, pues los chacales, que rodean el campamento, son centinelas fieles. A la mañana siguiente, cuando sale el sol, los hombres están repuestos y satisfechos. En lo sucesivo no se arrojarán más piedras contra los chacales.

Han transcurrido muchos años, las generaciones se han ido sucediendo. Los chacales se han vuelto mansos y ya no temen al hombre. Ahora rodean en grandes manadas los parajes donde habitan los seres humanos, los cuales ya son capaces de abatir ciervos y caballos salvajes. Pero también los chacales han cambiado su manera de vivir: si en otro tiempo sólo cazaban de noche y de día descansaban escondidos en la espesura, ahora los más robustos e inteligentes se han convertido en animales diurnos y acompañan al hombre en sus cacerías.

Y, así, puede ocurrir que un día la horda humana haya dado con el rastro de una yegua salvaje que, preñada y, además, herida por una flecha, no consigue escapar a sus perseguidores. Los cazadores están muy excitados porque de un tiempo a esta parte viene escaseando la comida. Y también los chacales que les siguen están más hambrientos que de costumbre, pues, como no podía ser por menos, la mayoría de veces no queda nada para ellos de la comida de los hombres.

La yegua, debilitada por el peso de la maternidad y por la pérdida de sangre, recurre a una estratagema antiquísima, innata a su especie: hace una «regresión», quiere decirse, vuelve sobre sus pasos durante un trecho equivalente a varios kilómetros y, en llegando a un paraje boscoso, tuerce con decisión a la derecha. Con harta frecuencia, este recurso instintivo ha privado al cazador de su presa. También ahora, los cazadores se detienen, perplejos, allí donde, sobre el duro terreno de la estepa, parecen terminar las huellas.

Los chacales siguen a los hombres a prudente distancia, pues aún no se atreven a acercarse a aquellos bulliciosos y excitados cazadores. Y siguen el rastro del hombre, no el de la presa. Se comprende que el chacal no puede tener interés alguno en seguir las huellas de un caballo salvaje al que nunca dará alcance ni conseguirá abatir. Pero estos chacales se han acostumbrado a devorar trozos de animales grandes muertos por el hombre; por este motivo, aquel olor ha terminado por cobrar para ellos un significado nuevo y muy particular: los chacales han establecido una rígida conexión mental entre el fuerte olor a sangre y la perspectiva inminente de una presa.

Hoy, los chacales están particularmente excitados y hambrientos; el olor a sangre fresca es intenso, y, así, un hecho totalmente nuevo tiene lugar en las relaciones entre el hombre y sus acompañantes. La vieja hembra de hocico gris, *guía ideológico*^[1] de la manada, advierte algo que había escapado a la atención de los seres humanos: que el rastro de sangre se desvía a la derecha. Llevada de su instinto, la hembra tuerce en aquel punto y, tras ella, toda la manada. Mientras tanto, los hombres han comprendido que la presa ha dado la vuelta y se deciden a hacer otro tanto. Así que llegan al punto de desvío, oyen los aullidos de los chacales y al momento descubren las huellas que la jauría ha dejado en la hierba de la estepa. Y, de este modo, queda establecido, por primera vez, el orden en que hom-

bre y perro persiguen la presa: primero, el perro; después el cazador. Los chacales consiguen dar alcance a la yegua antes que los cazadores y empiezan a acosarla en círculo. Cuando los perros acosan a un animal salvaje más corpulento, está claro que el siguiente mecanismo psicológico desempeña una función esencial: el animal perseguido — sea un ciervo, un oso o un jabalí— que huye del hombre, pero que sin duda alguna estaría dispuesto a presentar batalla al perro, olvida a su enemigo más peligroso, llevado de la rabia que le produce verse acosado por un enemigo pequeño y atrevido. El cansado caballo salvaje, que sólo conoce al chacal como perro ladrador y cobarde, se apresta, enfurecido, a la defensa y trata de golpear con una pata delantera a todo aquel que osa acercarse demasiado. Resoplando con fuerza, empieza a girar en redondo, pero no reanuda la huida. Los hombres oyen ahora el aullar de los chacales, que llega siempre de un mismo punto; a una señal del jefe, los cazadores se abren en abanico y cercan la presa. Por un momento parece como si los chacales, entre sorprendidos y asustados, fueran a escapar en desbandada, pero en seguida se calman al apercibirse de que el acoso no va dirigido a ellos. La hembra de pequeña estatura que dirige la manada, ya no muestra el mínimo temor y ladra, envalentonada, a la yegua salvaje; luego, cuando ésta cae atravesada por un venablo, hunde con saña sus dientes en el cuello de la víctima y, sólo en el momento en que el jefe de la horda humana se inclina sobre la bestia muerta, se retira hacia atrás. El jefe, acaso descendiente remoto del primer hombre que tiró un trozo de carne a los chacales, abre el vientre aún palpitante de la yegua, tira de un trozo de intestino, lo corta y, sin mirar al chacal (en un gesto de suprema astucia intuitiva), lo lanza, no directamente a la bestia, sino a un lado, cerca de ella. La hembra de pelo grisáceo se aparta asustada, pero como el hombre no hace movimiento amenazador alguno antes bien lanza uno de aquellos rugidos amistosos que los chacales conocen de sobras

por haberlos oído mil veces en torno a la hoguera del campamento, se abalanza con avidez sobre el trozo de tripa. Luego, mientras se aleja, mueve la cola con rápidos y cortos impulsos laterales, al tiempo que va engullendo la presa que atenaza con los dientes y echa furtivas miradas al hombre. Por primera vez, un chacal ha movido la cola en señal de agradecimiento a un ser humano; con ello se daba un paso más hacia la aparición del perro doméstico.

Los animales, aunque sean tan inteligentes como los depredadores caninos, no adoptan nunca una actitud totalmente nueva en su comportamiento llevados de un impulso repentino, sino, más bien, a través de esquemas de asociación mental que se van formando en ellos al vivir de forma reiterada una misma situación. Y, así, es muy posible que transcurran meses enteros hasta que la hembra vuelva a guiar al cazador siguiendo las huellas de un animal herido que recurre a la estratagema de la «regresión». Y tal vez será un lejano descendiente suyo el primero que, de forma regular y consciente, guíe a los cazadores y acose a la presa.

Parece ser que el hombre empezó a construir moradas estables en la fase de transición del paleolítico al neolítico. Las primeras viviendas de que tenemos conocimiento son los palafitos, construidos, por motivos de seguridad, en lagos, ríos e incluso en el mar Báltico. Sabemos que por entonces el perro era ya un animal doméstico. El llamado «perro de las turberas», pequeño de cuerpo y parecido al lobo de Pomerania, un cráneo del cual se ha encontrado entre los restos de palafitos levantados en la región báltica, denuncia a las claras que procede del chacal dorado, pero no por ello se deben pasar por alto los indicios de una auténtica domesticación. Lo esencial aquí es que, por entonces, a orillas del Báltico no había ya chacales salvajes, los cuales, durante el período pleistocénico, debieron ser sin duda